

conserva de esas naturalezas muertas son deliciosas de color. Y, por fin, el libro termina con una breve crítica de arte para explicar las características que determinan la diferencia que existe entre la *Cena* de Andrea del Castagno, la de Ghirlandajo y la de Andrea del Sarto: observaciones muy curiosas y acertadas de visión estética, en la que Leonardo sale victorioso en su "*capo lavoro vinciano*" y Andrea del Sarto muy cerca del maestro florentino.—FRANCISCO POMPEY.

POESIA DE AMERICA EN ESPAÑA

Existe una rica e ininterrumpida tradición de poesía americana impresa y publicada en España. Esta tradición comenzó en el siglo pasado y culmina en Rubén Darío, que publicó en Madrid algunos de sus libros, entre ellos, *Cantos de vida y esperanza* (1905). Después de Darío, no pocos poetas de Hispanoamérica, que vivieron o pasaron por Madrid, corte literaria hispánica, aquí publicaron libros suyos, desde Alfonso Reyes a César Vallejo, desde Amado Nervo a Pablo Neruda. Y algunos llegaron a intervenir activamente en la vida literaria madrileña, como Alfonso Reyes, Francisco A. de Icaza o el mismo Neruda, que en 1934 dirigió, en estrecha colaboración con Manuel Altolaguirre, la bella revista *Caballo verde para la poesía*, donde colaboraban poetas españoles e hispanoamericanos. Y esta tradición ha continuado sin interrupción hasta hoy. Manuel Altolaguirre, poeta e impresor, publicó durante la guerra española libros de varios poetas de América, entre ellos, Vallejo y Octavio Paz. Después de 1939, varias colecciones de poesía, como Adonais y La encina y el mar, han seguido ofreciendo libros de poetas americanos.

Hoy quisiera señalar la aparición casi simultánea en Madrid de dos bellos libros de poetas de Hispanoamérica. La Colección Insula acaba de unir a su serie la *Elegía coral a Andrés Eloy Blanco*, del poeta venezolano Miguel Otero Silva. Y la Colección La Vid, de la editorial Escelicer, nos ha ofrecido un volumen del gran poeta argentino Francisco Luis Bernárdez, quien reside en Madrid desde hace tres años como agregado cultural de la Embajada de su país.

La vida y la muerte del gran poeta venezolano Andrés Eloy Blanco han inspirado a Miguel Otero una bella *Elegía coral*, lograda del principio al fin. Es un libro en que la cálida arquitectura es cauce de una emoción profunda, de una arrebatada y tensa poesía. Las diez voces que cantan la muerte del poeta —la del mar, la del río, la de la isla, la de la montaña, la del castillo, la del lago, la del llano, la de la ciudad, la de los poetas y la del pueblo— tienen cada una su acento genuino y nece-

sario, y forman un matizado registro de sonos, que van desde la misteriosa y trémula voz del lago a la encendida y ardiente del castillo, desde la musical y tierna de la isla a la humanísima del pueblo, cantando ésta su hermosa solidaridad, la del poeta con su pueblo venezolano. Toda la *Elegía* mantiene su poderoso aliento a lo largo de sus diez voces, con una riqueza y valentía en las imágenes que exigiría un detenido análisis. La grávida serenidad del versículo o el destello de sus luminosos alejandrinos, sabiamente utilizados por Otero Silva, junto a un rico vocabulario indígena de naturaleza, contribuyen a dar a esta *Elegía* toda su fuerza expresiva y su emoción de auténtica poesía.

El libro de Francisco Luis Bernárdez, a que he aludido, es una reedición de tres de sus mejores poemas: *El buque*, *El Ángel de la Guarda* y *La flor*. Bien conocidos del lector americano de poesía, estos tres grandes poemas católicos, ahora incluídos en una colección española, nos brindan esa límpida y emocionada poesía, hecha de fervor y de equilibrio, de serenidad y de contenida pasión, que caracteriza la obra ya extensa de Francisco Luis Bernárdez, un poeta que ha logrado decir con la máxima sencillez las cosas más altas y puras. Es un libro para leer en soledad, en el silencio de las horas nocturnas, para buscar en ellos, en su mansa ternura, reposo para el alma cansada. Acaso choquen hoy esos poemas al lector joven que busca en la poesía un latigazo, un vibrar con el incierto destino del hombre actual. Pero su honda y pura luminosidad están ahí, contangiándonos y devolviéndonos la paz del espíritu.—JOSÉ LUIS CANO.

LA TIERRA (1)

Son diez cuentos breves de un joven escritor gallego no hace mucho incorporado al panorama literario español, pero que ha demostrado ya sus dotes de auténtico buen narrador, no sólo por sus premios —“Sésamo”, de novela corta, 1957, y “Leopoldo Alas”—, sino también por sus colaboraciones numerosas en periódicos y revistas.

Ignacio Aldecoa, merced a un perfilado y poético prólogo, de compañero a compañero, lo panegiriza y señala en estos cuentos la primordial condición que poseen: su aliento de paisaje campesino, de lenguaje fácil y gente sencilla e instintiva, apegada a la tierra chica y sin que el término “sencillo” comporte aquí el menor matiz bucólico o de idilio campestre, sino más bien atendiendo aspectos rudos como son el polvo, el calor, la luz o las pasiones de una gente abúllica, torpe, vaga, fracasada-

(1) RAMÓN NIETO: Editorial Agora, Madrid.